

BORROMINI
UNA NOVELA BIOGRÁFICA



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON

ANDREAS BELLASI (Zúrich, 1951, Graubünden, 2013): Estudió Periodismo y Didáctica del Lenguaje en Zúrich y se formó en Biblioteconomía y Documentación en Berna. Recibió diferentes galardones por su obra literaria y periodística, entre otros, el Ostschweizer Medienpreis (2001) y el Bündner Literaturpreis (2006). Escribió reportajes para algunas prestigiosas revistas suizas: *Du, Zeitmagazin, Das Magazin, Merian* y *NZZ-Folio* (suplemento mensual del diario *Neue Zürcher Zeitung*). Autor de diversas obras de no ficción: *Vom Kraut zum höchsten Glück* (1993), *Alsleben, alias Sommerlad; Liechtenstein, die Schweiz und das Reich* (1997, con Ursula Riederer), *Lilly Keller, Das Leben. Das Werk* (2010, con Ursula Riederer) y editor de la antología *Höhen, Tiefen, Zauberberge. Literarische Wanderungen in Graubünden* (2004), su novela *Borromini* fue publicada en Suiza en 1997.

TERESA RUIZ ROSAS (Arequipa, 1956): Novelista y traductora literaria, formada en las universidades de Arequipa, Budapest, Barcelona y Friburgo de Brisgovia. Finalista del Premio Herralde de Novela (*El copista*, 1994) y ganadora del Juan Rulfo de Cuento (*Detrás de la calle Toledo*, 1999), ha traducido del alemán obras de Winfried G. Sebald (*Los emigrados*, 1996 y 2007), Franz Werfel, Fred Wander, Soma Morgenstern, Botho Strauss, Alex Hacke, Marco Th. Bosshard, Rose Ausländer (con José Ruiz Rosas); y también del húngaro (Milán Füst y András Forgách), del luxemburgués (Roger Manderscheid) y del inglés (Nicholas Shakespeare).

Andreas Bellasi

BORROMINI

UNA NOVELA BIOGRÁFICA



*Traducción a cargo de
Teresa Ruiz Rosas*



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS

La traducción de la presente novela ha sido posible gracias al apoyo de:
fundación suiza para la cultura

prohelvetia

Título original: *Borromini* (1997)

Autor: Andreas Bellasi (Zúrich, 1951 - Graubünden, 2013)

Traductora: Teresa Ruiz Rosas

Editor general: Marvin Thompson

Editor técnico y asesor histórico: Rubén López Conde, doctor en Historia del Arte

Colección Thompson&Thompson

TT09-00022-A

Primera edición en Ginger Ape Books&Films: marzo de 2020

© De la edición original: Ursula Riederer Bellasi

© De la traducción: Teresa Ruiz Rosas

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S. L.

© Copyright

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-121689-1-4

Depósito legal: AL 282-2020

THEMA: FC (Ficción biográfica)

Diseño y fotografía de cubiertas: Maximilian Thompson

Maquetación: Maximilian Thompson

Impreso por ROT B. V. en España

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM · WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS



ÍNDICE

PRÓLOGO	09
QUERUBINES Y COMETAS	11
LUNA LLENA	49
TENGO QUE APRENDER	79
ERUPCIÓN	93
OBELISCO Y DICHA FUGAZ	117
SINUSOIDE Y SULFURO	137
UNA ESPIRAL HACIA EL CIELO	169
EPÍLOGO	179
OBSERVACIONES A LOS CAPÍTULOS	193



PRÓLOGO. ASÍ FUE COMO RESULTÉ HERIDO

Vida y pasión de Francesco Borromini, 1599-1667.

En ninguna parte consuelo ni salida, tampoco esperanza. Solo ira ciega y tinieblas.

Borromini se perfora las entrañas. Sin embargo, la embestida mortal resulta fallida. Su grito sobresalta y arranca de sus sueños a Massari, al sobrino Bernardo y a Righi. Presurosos acuden los tres a la alcoba. Borromini está arrodillado en su propia sangre. Vive. Pero tiene el estómago herido. De allí mana la sangre y una secreción viscosa. Se sujeta la herida con ambas manos y de nada le sirve. La sangre y el estómago, imposibles de restañar, se le derraman del cuerpo.

Llaman al médico, al agente municipal, al confesor. Borromini les declara lo ocurrido para que sienten acta:

Tengo esta mi herida desde alrededor de las ocho y media de la mañana de hoy. En la Fiesta de la Magdalena ya me sentía enfermo y por eso no volví a salir de casa. Anoche me vino la idea de hacer mi testamento. Aproximadamente una hora después de la cena comencé a redactarlo y estuve escribiendo con una pluma hasta cerca de las tres de la madrugada. Mi criado Francesco Massari permanecía en la pieza contigua a mis aposentos, pues era su deber vigilarme. Cuando se disponía a acostarse, descubrió que yo seguía despierto y escribía. Como mi luz estaba aún encendida, me llegaron sus gritos desde su habitación por la puerta abierta:

Signor cavaliere, vuestra merced tendría que apagar la luz y retirarse a dormir. Es muy tarde ya y el médico quiere que descanse.

Respondí que dejaba una luz encendida por si acaso me despertaba durante la noche.

Francesco me replicó:

¡Apáguela! Yo la encenderé de nuevo si se despierta.

De modo que interrumpí la escritura, aparté el papel en el que había estado escribiendo, y la pluma, y apagué la lámpara y me acosté.

Desperté cerca de las cinco o las seis de la madrugada.

Llamé a Francesco y le ordené que encendiera la lámpara. Me dijo:

¡No, *signore!*

Al oír aquello, me impacienté de repente. Empecé a cavilar cómo hacerme algún daño corporal en vista de que mi criado se negaba a darme una luz.

En eso recordé que tenía una espada en el respaldo de la cama, colgada entre dos velas consagradas. Mi impaciencia por no tener luz se hacía cada vez mayor. En mi desesperación tomé la espada —*la mia spada*, dice Borromini—, la desenvainé, apoyé la empuñadura contra la cama y coloqué la punta hacia mi cuerpo.

Así fue como resulté herido.

Caí con tal vehemencia sobre la punta de la espada, que el filo me perforó el tronco de un extremo a otro.

Entonces me desplomé con la espada atravesada en el cuerpo, vinieron los dolores y comencé a gritar.

Mi criado Francesco se precipitó en el cuarto y abrió la ventana; por fin entró luz, y me encontró de hinojos en el suelo. Él y mi sobrino Bernardo, y Righi, mi buen discípulo, a quien Francesco había llamado, me extrajeron la espada del costado y me echaron sobre la cama.



**QUERUBINES Y COMETAS. AJOS Y AMOR DESDEÑADO.
PENURIAS EN LA VIDA DE UN JOVEN VAGABUNDO**

Noviembre. Niebla. Llovizna.

Francesco Castello, quien más tarde cambiaría su apellido a Borromini para no ser confundido con otro de igual nombre, yacía en su cama estremecido de frío. Tenía la mirada fija en el techo, que le parecía una bóveda que quisiera devorarlo. No lograba conciliar el sueño. El estómago le daba vueltas. Y escuchaba voces. Eran susurros. Como olas. Se mecían en rachas. Rumores de varias voces por momentos muy quedas, después cuchicheos. Pero no podía descifrar lo que decían unos ni otros. Todos murmuraban a la vez. Aquello lo desconcertaba. Estaba tiritando, se congelaba.

Y como si padecer todo eso no fuese desgracia suficiente, en la alcoba contigua su tío copulaba con una mujer. Los estertores de él y los gemidos de ella le causaban enorme extrañeza. Tenía 15 años.

Estamos en 1614. Francesco Castello era un púber tardío. Se había dedicado a vagabundear antes de hallar lo que buscaba.

El 17 de marzo, él y su amigo y primo Giorgio Fontana habían llegado a la ciudad de sus sueños, al centro del mundo hasta donde alcanzaban los conocimientos de la época. Era un día de primavera, miríadas de polen colmaban el aire. Roma relucía, radiante, fresca y llena de vida. Castello estaba trémulo. Se ajustó un poco más al cuello el pañuelo de fina tela que había adquirido en Florencia a un alto precio. Temblaba de emoción y la fascinación lo embargaba. Ya había sanado la mano que se había herido mientras pescaba la víspera de su huida.

Desde que los dos muchachos escaparon a escondidas de sus respectivas casas paternas a orillas del lago de Lugano, habían transcurrido dieciocho semanas. Durante dieciocho semanas, Francesco Castello y Giorgio Fontana recorrieron a pie el país en dirección al sur. Anduvieron por caminos que conducían todos a Roma. Pasaron hambre, frío, sintieron miedo, pero la felicidad también los había

embargado una y otra vez y disfrutaban de cuanto se les ofrecía. En especial en el campo, les brindaban hospitalidad de tanto en tanto y les daban de comer. Y les preguntaban acerca de su origen y destino:

Di dove siete?

E dove andate?

Y cuando respondían de dónde eran, sus anfitriones sacudían por lo general la cabeza en señal de desconocimiento. Y cuanto más al sur se hallaban, menos sonaba a la gente el nombre de su lugar de origen. Solo adonde se dirigían era de conocimiento general, aunque muy pocos habían estado allí siquiera una vez en su vida. Si Francesco y Giorgio referían sus planes de altos vuelos, era insólito que la gente los comprendiese; únicamente en las ciudades se topaban de tanto en tanto con oídos curiosos y atentos. Y así fue como en más de una ocasión cayeron en la trampa de algún pillo de aviesas intenciones. Tal el caso de un *cavaliere*, que alardeaba de sus buenas relaciones con la corte pontificia o les ofrecía un caro consejo y les prometía toda su protección, y al final lo único que deseaba era mirarles boquiabierto los genitales y sobárselos. O el de un carretero, a quien le preguntaron por el camino, y apenas hubieron subido en su carreta fueron a dar a un paraje despoblado y sin salida a la vista. O el de un hostelero, quien se dedicó a adular a los *jóvenes artistas* para acabar alquilándoles un húmedo saco de follaje a un precio desorbitado. No obstante, a cada ocasión sabían preservarse mejor de los malandrines que pretendían sacarles los escudos del talego; los daños sufridos los habían vuelto más astutos.

Las impresiones sensoriales, que aumentaban a diario, llenaban de una creciente confusión a Francesco. Cada vez se explicaba menos cómo era posible que todo eso anidase y creciese en su pecho. En ocasiones miraba en torno a sí, alterado. No entendía nada. Pero iba aprendiendo.

Avanzaban a pie en la medida de lo humanamente posible, descansaban cuando se sentían agotados y con ganas de reposar. Rara vez tuvieron que echar a correr o darse a la fuga de un salto porque

los persiguiesen o amedrentasen. Eran demasiado tímidos como para hurtar alimentos y demasiado hábiles como para dejarse pillar si por necesidad se servían con generosidad de algún fruto en un jardín del camino o escamoteaban uno o dos huevos de un gallinero.

Pese a la placidez contemplativa con que caminaban día a día, ya fuese con sol, lluvia, viento o niebla, el mundo se les hacía cada vez más vasto, ancho y ajeno. Para Francesco, todo lo que veía era nuevo, el cambio de paisajes, los reflejos de las luces, y lo que escuchaba, el silencio de los encinares, el vocerío de los mercados de las ciudades, y con mayor razón, los olores del ajo, de la albahaca, del tomillo y de la trufa... Todo era sorprendente. Arroador.

Francesco Castello no tenía un nombre para muchas de las cosas que se le presentaban en su mundo, puesto que tampoco tenía un concepto de ellas. Por ejemplo, en la hostería de una comarca donde abundaban las colinas, cuando le preguntó a la rechoncha cocinera por algo que no entendía, cosechó antes que nada recelo, después asombro, luego miradas llenas de compasión, y al final desató también instintos maternos. Y acabó por enterarse de cuanto quería saber y mucho más.

De ese modo se ensanchaba su horizonte. La lejanía se iba acercando y él, familiarizándose con ella. En una ocasión, cogió ajos en la cocina de la hostería, peló dos, tres dientes, inspiró su olor mientras estuvieron crudos y siguió olfateando a medida que el aroma se evaporaba por efecto del aceite de oliva. También le gustaba olisquear la humedad de los bosques. Era una humedad que olía diferente a como la recordaba de casa. Solo trufas no fue capaz de encontrar por sí mismo. Sin embargo, la cocinera en cuestión, con el rostro radiante, le dio un ejemplar para que pudiese palparla y que su sentido del olfato se colmase de ella.

Pero con calma, muchacho, le advirtió, que estos hongos valen oro.

A Giorgio Fontana le fue por el estilo. También él estaba perplejo, aprendía y se alegraba de cualquier descubrimiento. Con la salvedad de que Giorgio, por ser el mayor de los dos, si bien tomaba

conocimiento de los nuevos fenómenos con gran interés, siempre estaba atento a no dispersarse, no extraviarse en el proceso de exploración de las cosas. Giorgio hacía alusión de continuo al objetivo que se habían trazado y no debían perder de vista.

Es probable que Francesco se hubiese dejado cautivar por la cocinera y sus ajos, y se hubiese quedado largo tiempo allí, de no haber objetado Giorgio la urgencia de ser fieles a su propósito de viajar a Roma en pos del arte. En todo caso y con certeza, a Francesco Castello jamás se le habría ocurrido plantearse la disyuntiva entre el arte y los ajos. Eso sí, a partir de entonces, los bulbos blancos y sus respectivos dientes lo acompañaron de por vida.

Las miradas del mundo entero estaban en ese tiempo puestas en Roma; el mundo católico vivía pendiente de aquella ciudad e imitaba cuanto provenía de ella; el resto del mundo conocido en la época miraba a Roma con interés suspicaz, con envidia de rival... pero Roma, ese punto en el globo, no estaba esperando a los dos amigos del Tesino. No como esperaba a los mercaderes que viajaban cada mañana a la Ciudad Eterna desde la vecina Campagna en sus carretas y carros repletos de frutas, verduras frescas, hongos y hierbas, de queso, pescado, carne, así como las mercancías de necesidad cotidiana, cazos, cacharros, paletas, martillos, clavos y cal. Sombreros también, cintas para sombreros, fajas, telas de todo género por fardos, y vestidos, ropa interior, calzado, al igual que dulces y aceites, tabaco rapé, sales volátiles y cuanto deseaban tener y consideraban necesario los vecinos de la ciudad.

Los dos jóvenes vagabundos alcanzaron su meta con aquellos mercaderes carreteros. Se dejaron arrastrar. Entraron por la Porta del Popolo a presión entre el gentío. Siguieron flotando con la ola de mercancías y vendedores hasta el interior de la ciudad y fueron arrojados en el guirigay de calles y callejuelas. A uno que otro lugareño, una que otra verdulera, Francesco y Giorgio les preguntaban dónde quedaba la basílica de San Pedro; lo que cosechaban eran miradas de asombro, risotadas, y les tomaban el pelo por su extraño dialecto.

En medio de la muchedumbre, Francesco Castello y Giorgio Fontana se perdían de vista, a ratos ocurría incluso que uno se olvi-

daba de la existencia del otro. Castello quedó sumergido en la multitud. Estaba por debajo del ir y venir del gentío, que era un permanente zarandeo y lo constreñía cada vez más. Le daban pisotones, se dejaba empujar, dar empujones, atropellar, pellizcar, golpear, acariciar y tocar. Pasmado, se olvidó de sí mismo y del taleguillo de dinero que llevaba en el pecho y adelgazaba a gran velocidad. Así fue como tropezó con dos perros que se apareaban en medio de la calle, como pisó bostas de caballo y como lo trataron de infeliz o pobre diablo, *poverino*, y le regañaron por ser torpe, le dieron un puntapié y le pegaron. Francesco cayó derribado ante el ampuloso busto de una placera.

La mujer lanzó un alarido y lo acusó de tonto: *Che scemo!* Y otra placera le chilló que era un descarado: *Che sfacciato!*, y una pescadera de un solo ojo le vació ante los pies una olla repleta de cabezas de pescado. El olor le traía recuerdos con tal vehemencia, tan fulminantes, que no percibía las mofas y sorna de que era objeto. Hasta que lo asustó un bramido ensordecedor. Castello logró esquivar a la manada de gatos que se peleaban por las cabezas de pescado, pero fue a dar demasiado cerca de un mozo de establo, que le asestó un rudo puñetazo en el costado. El dolor le cortó el aliento, se sentía desfallecer, se tambaleaba, no distinguió la pierna que se cruzó ante él y fue a caer de golpe, con las manos por delante, en los potes de ungüentos de un curandero. Y el medicastro, por fin, se echó a reír a mandíbula batiente, sujetándose el voluminoso vientre con las manos; se carcajeó hasta el llanto delante del joven, que se había quedado turulato, al que se le escurrían por entre los dedos las vainas de ungüento, que además goteaban, y cuyo rostro estaba cubierto de chisquetazos de la misma sustancia. Desvalido, extenuado, vejado, no estaba propiamente de pie, sino que se tambaleaba y, con la boca abierta, tiritaba como la hoja de un álamo. Cuando al medicastro se le desvaneció la risa y la compasión cedió al espíritu comercial, aconsejó a su involuntario cliente untarse el codo derecho con el ungüento que le pringaba la mano izquierda para curar las contusiones y, con el de la mano derecha, la rodilla izquierda para sanar sus heridas.

¡Esto ayuda, por el corazón de la Virgen que ayuda!, juró Francesco.

Y te cuesta, buen mozo, apenas tres escudos.

Con la riña, hacía rato que el monedero de Francesco se había extraviado. Pero eso lo asustaba poco. Estaba empapándose de vida. Observaba, escuchaba cómo hablaba la gente, cómo se trataban entre ellos, cómo bromeaban. Y aprendía. Se adaptaba para no llamar más la atención. Pues quien permanece entre lobos, es mejor que se meta en su piel. De ese modo, hasta un carnero supera las dificultades.

Francesco se amoldó muy rápido, si bien es verdad que guardó cierto escepticismo frente a la conducta ciudadana y cierta cortedad que intentaba ocultar tras una curiosidad reservada. Absorbía el diario acontecer como una esponja. Pero no aullaba con los lobos. Prefería escapar deslizándose, no llamar la atención sobre su condición de carnero y correr el peligro de ser descuartizado por la jauría.

No era un extraño entre los que trabajaban en las obras de la basílica de San Pedro, en ellos halló más bien una familia. Allí tenía delante, en persona, a su tío Carlo Maderno, de quien su madre le había contado relatos que hacía tiempo avivaban su fantasía. La grandeza, bondad e ingenioso carácter de Maderno aumentaron la admiración y aprecio que su sobrino le profesaba antes de conocerlo. Y por fin veía con sus propios ojos la colosal obra de la basílica de San Pedro. Estaba extasiado. La cúpula de Miguel Ángel. La fachada de Carlo Maderno, en cuyos bloques de travertino recién trabajados relucía la blancura. Todo estimulaba poderosamente la imaginación del joven.

Francesco contemplaba perplejo la basílica. ¡Esa envergadura, esa magnitud! Le dieron escalofríos, sintió el descomunal impulso creador de aquel templo y ese aliento lo estremeció de repente. Se congelaba y ardía a la vez. Luego le hirió la luz, la claridad de su resplandor lo encegueció de golpe. Lo que veía era el fin y el principio, todo y nada. Estaba temblando cuando recuperó la noción de su cuerpo, yacía de bruces sobre el mármol, lloraba.

Se incorporó, se sintió ingrávido y salió como un sonámbulo. Se quedó largo rato de pie, allí fuera, sumergido en la luz de un cielo que parecía interminable mientras él flotaba.

Solo muchos años más tarde estudió aquella construcción, investigó y dibujó todos los detalles de la basílica de San Pedro y se abrió más y más a los principios arquitectónicos de Miguel Ángel y de Maderno.

Leone Garvo, el otro tío de Francesco, un hermano de su madre, el maestro jefe de los artesanos cinceladores del taller de obra de Carlo Maderno, lo protegió a su llegada a Roma. En su casita del Vicolo dell'Agnello, una pequeña travesera de la Via Giulia, el *capo maestro degli scalpellini* le brindó un dormitorio, y comida y bebida en su mesa, mientras que Giorgio Fontana, el amigo y primo, halló posada donde otro pariente, cerca de San Giovanni dei Fiorentini.

Bebe, sobrino, dale, lo instaba Garvo desde la primera noche, sirviéndole vino hasta que el vaso rebosaba, *bevi, nepote, dai*. Y su tío carnal reía.

Francesco daba un sorbo y sonreía de oreja a oreja. El vino tenía un sabor agrio y olía a huevos podridos, pero calmaba la sed, tranquilizaba el estómago. Como el joven vagabundo había comido ajo crudo, ahora le ardía en los intestinos. Garvo se carcajeaba de las muecas de su sobrino.

Me has resultado un soñador empedernido, lo picó su tío Leone, esta vez con la boca llena; estaba masticando ruidosamente un trozo de pan, al cual roció vino encima, se lo tragó y se volvió a enjuagar con la bebida.

Francesco guardaba silencio y sonrió con timidez. Le brillaban los ojos. El estómago le ardía y sentía que se ahogaba. Entonces se llevó otra vez el vaso a la boca, tomó un gran trago, hizo gárgaras, bebió de nuevo, chasqueó con la lengua y al fin se lamió los labios mojados de vino.

Su tío seguía riéndose; solo cuando a Francesco empezó a faltarle el aire, Leone Garvo paró de reír. Se inclinó sobre la mesa, dio al so-

brino una palmada en el hombro y chilló de lo más contento:

El arte, Francesco, el arte nos exige todo nuestro ser y toda nuestra voluntad.

Se rio a medias, volvió a escanciar el vino, echó un traguito y guardó silencio un rato.

Te lo digo en serio, sobrino, muy en serio, empezó ahora Garvo con un discurso sobrio: Nosotros, *nepote mio*, que somos los cómplices de la puesta en escena de los papas, de su vanidad y su adicción a la suntuosidad, su...

Garvo interrumpió su coloquio de modo exabrupto, tosió con dificultad, rodeó el vaso con ambas manos mientras indagaba con la mirada por encima de la mesa.

Pues bien, quiero decir, balbuceó en busca de palabras, que Dios en los cielos merece toda esa magnificencia y belleza que creamos. Lo glorificamos a través de nuestras obras; lo ensalzamos con cada golpe de nuestros cinceles.

Y pasado un instante, agregó:

Pero también somos nosotros, los maestros tallistas, quienes nos tragamos todo el polvo.

Rara vez discurría Garvo en términos tan confusos para Francesco. Cuando cavilaba sobre el sentido de las cosas con esas palabras, cuando sopesaba el polvo frente a la belleza, Francesco esquivaba el asunto, distraía a su tío, daba un rodeo al tema o evitaba su compañía.

No sentía un gran cariño por su tío, pero le profesaba auténtica simpatía, lo miraba con respeto como a *capo maestro degli scalpellini* y lo escuchaba con suma atención cuando disertaba sobre la consistencia de la piedra. Era solícito para ayudarlo, aprendía de él con facilidad y seguía sus indicaciones al echar mano del cincel.

En aquel entonces se esculpían los ornamentos del pórtico de la basílica de San Pedro. Junto con Leone Garvo, al principio en calidad de oficial operario, después como su colaborador y al final como asistente, Francesco esculpió las cabezas de los querubines insertos en los frontones de las puertas. No recibió pago alguno por ello. El joven Castello no existía en la contabilidad papal. Pero su tío Leone

le pasaba unos escudos a escondidas cuando se sentía satisfecho o cuando lo animaba a salir y divertirse mientras él se acostaba con una mujer en la casita del Vicolo dell'Agnello. Y, por supuesto, se encargaba de pagar su comida y su ropa.

Leone Garvo, el hermano de su madre, era muy diferente al padre de Francesco. Fuerte, también estricto, a veces rudo y tosco al hablar, cuando manejaba las herramientas, los cordeles, mazos, cabrestantes, montantes diagonales, las escaleras, los rodillos y los pernos, era basto a carretadas. Sin embargo, con su sobrino, así como con sus alumnos y operarios, siempre fue un hombre justo.

Es cierto que a menudo Garvo era parco en su discurso, gruñón y malhumorado. En especial por las mañanas, cuando se levantaba con la cabeza pesada y el vino que olía a huevos podridos vibraba en su cráneo y le martillaba dolorosamente el cerebro, podía tronar con violencia, siempre que estuviese en condiciones de hablar, y armar jaleo y humillar a una persona y dejarla desmoralizada.

Claro está que Francesco Castello se ahorró todas esas hostilidades. Pero la torpeza de un albañil u operario desataba en el maestro Garvo una tormenta, y las maldiciones caían despiadadas en torrentes sobre el correspondiente *scalpellino*. En el taller de la obra de la basílica de San Pedro, los arrebatos matutinos del *capo* Garvo eran costumbre; se sabía que era más ruidoso y rugía con mayor estrépito de lo que en el fondo pretendía.

Porque Garvo era un hombre de muy buen corazón, un alma bendita. Bajo y rechoncho de figura, vestido de hilo con mezcla de algodón conforme a su rango, barrigón, le gustaba comer, y más todavía le agradaba beber. De día bebía contra las nubes de polvo que salían de labrar la piedra y por las tardes bebía de alegría y porque el vino corresponde a la comida como el cincel al martillo, según instruía a su sobrino. Los rasgos faciales de Garvo irradiaban satisfacción, paciencia, indulgencia consigo mismo, con Dios y con el mundo. Su cara estaba por lo general sin afeitar, un bigote abundante desviaba las miradas de los cañones de la barba. Sus ojitos sagaces ganaban brillo conforme mayor era la ingesta de vino, y no tardaban

en relucir; y si la pasión se apoderaba del maestro, echaban chispas y llamas.

Francesco no era un talento vistoso. No como aquel Gian Lorenzo Bernini, a quien se permitía dar expresión a sus dotes y tallar esculturas en mármol cerca de Carlo Maderno. Pero Castello y Bernini aún no competían, en todo caso no eran rivales. Por de pronto, Francesco hacía lo que Leone Garvo le encargaba. Quería aprender. Cincelaba con obstinación y tenacidad. Apenas hablaba, seguía siendo tímido y huraño. Pero aprendía rápidamente a manejar el cincel. Sin embargo, cuanto más hábil era en usarlo, más descontento estaba con su obra.

Todas las mañanas, Francesco subía con su tío Leone al andamiaje del pórtico. Entusiasmado, pero sin ambición, Garvo labraba la piedra hasta que surgían de ella las cabezas, rostros sin expresión, que el espíritu de la época tampoco esperaba de ninguna otra suerte. Durante su labor, Leone Garvo pensaba seguramente en sus compañeras de lecho, pues las caras le salían igual de inexpresivas. Algo que no irritaba a nadie; incluso Carlo Maderno, el maestro arquitecto, cuando echaba un vistazo ligero a las cabezas, las calificaba de decorativas. Los querubines eran figuras simbólicas, debían custodiar el lugar santificado.

No obstante, Francesco soñaba con criaturas más vivaces. Y el primer rostro que cinceló, no lo talló fuera, en el pórtico, sino dentro, sobre la clave del arco que acogería el relieve de *La expulsión de Atila*. Los cabellos se enredaban cual serpientes sobre la cara, las alas se extendían en un agitado aleteo. Las facciones de su rostro antes parecían feas que hermosas, y sin embargo estaban llenas de vitalidad. Los ojos echaban chispas, la boca se arrugaba, mas no en una sonrisa. ¿Sufría tal vez un tormento? Parecía, en efecto, que ese querubín se sintiese atraído, hechizado, quizás tocado por algo atroz, y que aquí y ahora debiese lanzar un grito, que su dolor tuviese que bramar desde el fondo de su alma.

Más adelante —el buen tío Garvo ya tosía sangre y padecía hidropesía—, Francesco cinceló el pedestal de *La piedad* de Miguel

Ángel, la más humana de las esculturas habidas en la mayor iglesia de la cristiandad.

Cuán ardua era la vida. Francesco se sentía hervir por dentro, todo era efervescencia, acumulaba el calor y no hallaba paz. Por las noches, inquieto, daba vueltas en la cama, plagado de dudas, de interrogantes, y ninguna respuesta. Algunas veces lo confundía el continuo murmullo de múltiples voces. Otras, se quedaba con la mirada en blanco, absorto y ensimismado. Soñaba con formas, vueltas, torsiones, que no conseguía captar. No podía concebirlas, se le escurrían. Hasta que entendió con dolor: Tengo que aprender a leer y escribir. Para poder enterarme de cuanto se supo antes de nosotros. Y necesito beber de ese conocimiento, apoderarme de él.

Tío Leone se abandonaba a su libido a intervalos de relativa regularidad; podían pasar dos semanas, tres, hasta que la pasión se adueñaba de él y llevaba a la casita del Vicolo dell'Agnello una meretriz, y el sobrino debía ser testigo oidor de su voluptuoso quehacer. Que en el ínterin su tío carnal también adquiría al aire libre complacencia para sus instintos, bien en los alrededores de Roma, la Campagna, bien detrás de los pequeños arbustos de retama de la Via Appia o en algún rincón peculiar de la ciudad, era algo que Francesco ignoraba. Y aunque lo hubiera sabido, no le habría producido sino aburrimiento, tal como le pasó al poco tiempo con los gemidos y suspiros de la alcoba contigua. Cada vez que aquello tenía lugar, se giraba a un lado y enterraba la cabeza en la almohada, se sentía hastiado. Y no podía conciliar el sueño.

Solo cuando el acontecer vecino le suscitó excitación en el propio cuerpo —debió de ser en una tibia noche del verano de 1616— y el miembro se le puso tieso, y la mano que lo manipulaba a medida que se iba hinchando se llenó de repente de un líquido espeso, empezó a escuchar y espiar todos los ruidos con agradable placer.

Sentía a diario su propia concupiscencia, si bien no siempre con un deseo de igual ímpetu. Y mientras tanto soñaba con ello a menudo. Sueños a color, de matices arrobadores. O hacía despertar su hincha-

zón hasta la eyaculación. En medio de fantásticas caricias. De día sentía apetencias furtivas por uno que otro rostro, cuyos ojos lo miraban vivamente, buscaban su mirada, tal se lo parecía, lo saludaban inclinando con gracia sus cabecitas, tal vez incluso le abrían sus boquitas con todo su garbo y hasta le hacían remilgos con sus lengüecitas.

Los encuentros no pasaron de ser efímeros. Francesco vencía sus impulsos; para ahuyentar el ansioso instinto dibujaba rostros, unos vistos en la realidad, otros en su fantasía, caras extasiadas, consumidas por las ansias, atrapadas por el miedo, atormentadas, castigadas por el horror y conmovidas por la misericordia. Dibujaba en todo momento libre; apenas soltaba el cincel, tomaba el carboncillo y sus rostros llenaban veloces el vacío del papel; las imágenes surgían sin tener que pensar, lo atravesaban, guiaban su mano hacia aquella forma asombrosamente obstinada.

Un día de noviembre, de húmeda neblina, confesó sus urgencias sexuales en la iglesia de Santa Maria in Vallicella, no lejos del Vico-lo dell'Agnello; una cálida y comprensiva voz se lo preguntó desde la oscuridad del confesionario. De entrada su lengua se cubrió de vergüenza cuando explicó todas sus faltas con lujo de detalles y lleno de culpa. Pero la expectativa de redención, junto a la respiración regular y audible del confesor aún desconocido, que le prestaba su oído desde la oscuridad, que carraspeaba de tanto en tanto sin decir palabra, y que al final de la autoacusación quiso saber si la confesión de los pecados estaba completa y le preguntó por la intensidad de su arrepentimiento, lo hicieron sumergirse cada vez más en el brillo de la verdad.

He faltado, reconoció Francesco. *¡Mea culpa!* Y me arrepiento de mi falta con toda mi alma.

Después guardó silencio. Y se dispuso a esperar la habitual imposición de la penitencia, ya bastante aliviado, y por último la absolución.

No pasó nada sin embargo. El sacerdote respiraba en la sombría osquedad del confesionario, no con demasiado estrépito, pero de forma audible. Y permanecía mudo. Casi una eternidad. No le dio una

lista de oraciones de contrición destinadas a pedir perdón a Dios con devoto fervor. Tampoco dispuso ninguna penitencia para el recién confesado. Ni le otorgó la indulgencia por sus pecados.

Sucedió algo peculiar, que también fue decisivo. Tras prolongado silencio, que mediante dos, tres largos suspiros se hizo más patente, el confesor ordenó a su joven pecador esperar delante del altar de la Anunciación.

Francesco pasó allí instantes de confusión y desasosiego, permaneció varios minutos de rodillas, ante la Virgen, con toda humildad. Desgarrado entre la inseguridad de lo por venir y la conciencia sucia por sus sentimientos, miraba el cuadro del altar, la Visita del Ángel a María. Susurró un avemaría. Pero el rostro del ángel lo excitó. Sentía como si se hubiese encontrado con él alguna vez. No podía librarse de aquella cara, que sin embargo le había quitado el miedo que lo estrangulaba hasta ese momento. El rostro, cuyo parecido se le figuró ahora, le recordaba al del bello Simone Cantoni, aquel otro fugitivo y vagabundo que huyó de la patria.

Francesco sonrió pensativo, como Simone cuando lo vio por primera vez y le sonrió extasiado, soñador. Como un ángel de Botticelli, le pareció.

Inopinadamente, la ligera presión de una mano sobre su hombro lo ahuyentó de aquel agradable ensueño. Francesco se giró. Delante de él estaba Spada, todavía delgado, con rostro sacerdotal, vestido con el hábito negro de la hermandad de san Filippo Neri. No obstante, nada ascético había en él, las mejillas redondas y sonrosadas. Aunque se mostraba ojeroso y algunas gotas de sudor perlaban su frente, aún era joven, apenas unos años mayor que Francesco, y le sonreía con suavidad, algo cansado tal vez, o quizás exhausto.

¡Levántate, amigo mío, y ven!

Spada rodeó con el brazo el hombro de Francesco, le preguntó por su nombre, le dijo el suyo, hermano Virgilio, y lo guio a través del refectorio a una pequeña habitación, mezcla de cocina y sacristía, que olía a incienso. A mirra fresca. A anís. También a un dulcete

sudor de monje. A esencia de rosas y cera de abejas. Y a paramentos sin ventilar desde tiempos inmemoriales. Hasta el aroma del ajo fue capaz de percibir allí Francesco.

El hermano Virgilio lo hizo sentarse a la mesa y le puso delante un jarro con leche de cabra y unas galletas de anís.

Seguro que tienes sed y estás hambriento, le dijo.

Y con un movimiento de cabeza lo alentó a comer hasta saciarse. Mientras Francesco Castello comía —no estaba hambriento, pero le gustaba la leche de cabra, le traía recuerdos, y las galletas de anís le parecieron sabrosas—, el hermano Virgilio estuvo ocupado. Cruzaba la pequeña habitación a paso ligero, una vez ante los ojos de Francesco, después de nuevo a sus espaldas; abría aquí un armario, arreglaba allá, junto a la cruz que había enfrente, los paramentos sacerdotales. Luego salió rápidamente de la habitación, pero a los pocos minutos volvió con una campanilla de altar y dos candelabros; finalmente sacó hostias sin consagrar de una lata llana y relleno con ellas el ciborio.

Buono, vero?, le preguntó a Francesco por encima del hombro sin esperar respuesta. *Vengo subito*, se disculpó con suavidad, ahora mismo vuelvo. Hoy me corresponde el servicio de sacristía. Pero en breve habré terminado y tendré tiempo para ti.

Francesco asintió mudo y tomó un último trago de leche de cabra. Había seguido con la mirada todos los movimientos del hermano Virgilio sin intención ni pensamiento alguno. En su mente aún resplandecía la hermosa faz del ángel que acababa de ver, que le siguió recordando por un rato a Simone Cantoni, y a los amigos, y a la huida, hasta que poco a poco todo empalideció; esperaba lo que viniese.

Así surgió aquella familiaridad, aquella amistad que les unió una vida entera, si bien no exenta de contradicciones. Fue sinuosa, por periodos alcanzó gran plenitud, para después ser apenas un quedo murmullo. Como el amor, cuyas olas unas veces se encabritan y espumean y otras se mecen sin vigor en la tregua del viento.

Spada se sentó junto a Francesco, puso el brazo sobre la mesa, se

inclinó un poco hacia adelante, giró hacia el joven, en cuya boca fijó la vista, y habló:

Tu pecado, amigo mío, es venial. Dios, en su infinita bondad, te perdona.

Amén.

Francesco se arrepintió y estaba aliviado. Y le contó de su vida porque el hermano Virgilio se lo pidió. Del descontento a orillas del lago en su patria, de la fuga en secreto, del amor por el arte, de su vagabundeo hasta llegar a Roma, su alto respeto por Carlo Maderno, su admiración por las obras del gran Miguel Ángel, del trabajo con el cincel, de su inclinación por los rostros angelicales, los querubines, las conchas de los moluscos y las espirales.

Virgilio escuchaba, fruncía interrogante el ceño, asentía con la cabeza, que mecía de rato en rato, juntaba las manos, volvía a soltarlas, tiraba de su sotana, observaba el rostro de Francesco, su boca, sus labios, cómo a veces temblaban al hablar. Cuando Borromini hubo terminado el informe de su vida, el hermano Virgilio se le acercó de manera que su hombro y el de Castello se rozaran y dijo en un susurro:

Sabe, Francesco, que para el amor se necesita tener talento. Igual que para el arte. Para la unión sexual no. Es esa una capacidad que nos ha sido dada a todos. Y una aptitud que no necesitamos, que solo tiene importancia en la medida en que satisface los bajos instintos del ser humano. Y porque así lo quiere Dios en su Providencia, nos asegura el incremento de almas y su permanencia. Mas la existencia en este mundo, amigo mío, es muy breve y puede estar, tal como opinas, llena de penas. No obstante, has de saber que todas nuestras acciones y aspiraciones se orientan hacia aquella otra vida, la que perdura eternamente. Como el arte que estás destinado a crear.

El arrepentimiento de Francesco Castello duró solo un tiempo, pues el deseo se empezó a manifestar de nuevo. A veces lo hacía sin previo aviso, sin ningún estímulo exterior. De repente estaba ahí, y a menudo se inflamaba con vehemencia y vigor. Francesco lo reprimía, lo suplantaba con la labor del cincel, obstinado, tenaz. Pero cada vez